

7-272 1
("España", Madrid, 8 abril 1922)



EL PROCESO DEL CRISTO

Hay varias explicaciones teológicas, todas ellas complicadas, de la muerte, en cruz afrentosa, del Cristo. Quien sea capaz de leer la prolija obra que Ritschl dedicó a la justificación y reconciliación por la muerte del Cristo podrá medir hasta dónde llega el tecnicismo teológico, que es el más terrible y el más hermético de los tecnicismos. Pero si hay varias explicaciones teológicas, a cual más enrevesada, de los méritos que adquirimos por el rescate cristiano, de la redención, no hay acaso más que una explicación religiosa, y es la histórica.

Ante todo, ¿por qué se le crucificó al Inocente, al Justo? Se os dirá que para que se cumplieran las Escrituras. Y como no ha llegado a nosotros el proceso judicial, y acaso no le hubo... Pero nos basta el Evangelio, y oigámosle.

En el capítulo XI, versículos 47 al 53, del cuarto Evangelio, el según la tradición de Juan, se dice: «Entonces los pontífices y los fariseos juntaron concejo y decían: qué hacemos? porque este hombre hace muchas señales y si le dejamos así todos creerán en él y vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar y la nación». Y Caifás, uno de ellos, Sumo Pontífice aquel año, les dijo: «Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo y no que toda la nación se pierda». «Mas esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el Sumo Pontífice en aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por aquella nación, mas también para que juntase en uno a los hijos de Dios que estaban desparrramados. Así que desde aquel día consultaban juntos de matarle».

Aquí hay un hecho histórico y un comentario religioso del evangelista. El

hecho es que a Jesús, el Cristo, se le persiguió y condenó por anti-patriota, porque provocaba con su conducta la intervención de los romanos, y el comentario es que venía a fundar una Internacional, o mejor, una sociedad católica en el sentido estricto de esta palabra, esto es: universal.

Persiguiéronle al Cristo los judíos por anti-patriota, por anti-nacionalista, porque en vez de ser como los Macabeos—o sea Martillos—un cabecilla de insurrección guerrera, declaró que su reino no era de este mundo. ¿Y quién no recuerda al respecto lo del César y Dios? Mas conviene hacer notar en qué ocasión se dijo lo de: «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», que fué cuando para buscarle conflicto con las autoridades romanas le preguntaron si era lícito dar tributo al César, al poder intruso del invasor, y él, entendida su astucia, pidió la moneda, preguntó de quién era el cuño, y al decirle que del César pronunció la frase eterna y sublime (Luc. XX, 20 a 26). A lo que podría decirse que al César se le ha de dar su dinero—sólo el suyo—y no otra cosa. O como glosó Calderón: «Al Rey la vida y la hacienda—se ha de dar, mas el honor—es patrimonio del alma—y el alma sólo es de Dios». Aunque apenas si cabe dar vida y hacienda sin enajenarse del honor.

Por anti-patriota, por sedicioso, por rebelde, persiguieron los judíos a Jesús. Y al llevarle a Pilato, el prefecto romano, decíanle que pervertía la nación, que vedaba dar tributo al César y que decía que era rey (Luc. XXIII, 2). Pilato le preguntó si era rey, respondió él evasivamente: «tú lo dices», el romano no le halló culpa en ello y al saber que era

7 27
El proceso del Cristo. (España, Madrid, 8 abril 1922)



galileo envi6lo al rey Herodes (Luc. XXIII, 3 a 7). Era este rey Herodes, el Tetrarca, aquel contra quien alz6 su encendida palabra Juan el Bautista, a quien por su mandado se le degoll6 y cuya cabeza le fu6 presentada en un plato por su hija y de Herod6s (Mat. XIV, 1 a 12). Y este rey, tan perverso como d6bil, deseaba ver al Cristo y verle hacer, acaso como en deporte, un milagro (Luc. XXIII, 8 a 12), divertirse y menospreciarle y burlarse de 6l. Y le escarneci6, y Pilato mismo quiso echar la cosa a broma y a sainete, pero el pueblo que ped6a tragedia, el pueblo a quien los pontifices y fariseos hab6an hurgado en su vil patrioter6a, en su abyecto nacionalismo xenof6bico, clam6: «¡crucif6cale! ¡crucif6cale!» (Luc. XXIII, 21). As6 fu6 de Caif6s, que era algo as6 como Fiscal del Tribunal Supremo, a Pilato, y de Pilato al rey Herodes.

Sobre la cruz hizo poner el romano: «Jes6s, nazareno, rey de los jud6os». Y cuando muchos de 6stos lo leyeron fueron a decirle a Pilato que pusiese no que lo era sino que 6l, Jes6s, dec6a serlo; mas el romano contest6: «¡Lo escrito, escrito est6!» (Juan XIX, 19 a 22).

He aqu6, pues, todo el proceso del divino Rebelde, del anti-patriota Jes6s. Rebelde y anti-patriota seg6n el mundo, seg6n los precursores de los pontifices y los escribas y los patriotas de hoy. Y el proceso sigue y se sigue crucificando al Cristo por los maestros de los nacionalismos. Y de estos nacionalismos tienen que redimirnos ese proceso y el divino procesado.

El divino ajusticiado que mientras la Iglesia que se encubre con su nombre ha canonizado a tantos, 6l, Jes6s, no canoniz6, no prometi6 la gloria sino a un compa6ero suyo de suplicio, a un rebelde, a un bandolero, a un acusado por los fiscales o diablos — diablo quiere decir fiscal o acusador —, a quien dijo: «De veras te digo que hoy estar6s conmigo en el para6so» (Luc. XXIII, 43). ¿Que el buen bandido se arrepinti6? Seg6n qu6 sea arrepentirse... Pero el que no se arrepiente es Caif6s, Caif6s a sueldo.

¡Qui6n hab6a de decir que esa cruz en que muri6 el anti-patriota servir6a, corriendo el siglo, de empu6adura a la espada de la conquista! ¡Qui6n hab6a de pensar que se llegara un d6a a esgrimirla contra otra naci6n! ¡Y tratar de convertir indios o de rechazar moros a cristazo limpio!

Pero cuando el Cristo eterno, desde su cruz de triunfo, ve que se toma su nombre en la cruzada—¡cruzada!—contra la morisma y se levanta en tierra de moros altares al legendario Santiago Matamoros—que parece fu6 un caudillo kai-

sereo y acaso tudesco—, exclama: «¡Padre, perd6nalos, porque no saben lo que se hacen!» (Luc. XXIII, 34). No, no saben lo que se hacen, ni lo que se dicen. Y

si son obispos, o inspectores, menos todav6a. Sobre todo metidos en campa6as sociales y nacionales.

MIGUEL DE UNAMUNO

